

Madama Dubarry empujó la puerta del gabinete y entró.

Aquellas dos actrices, animadas del deseo de complacerse una á otra, cumplieron escrupulosamente todas las ceremonias de etiqueta desplegadas en semejantes casos en la época en que pasan los acontecimientos que referimos.

Madama Dubarry fué la primera que tomó la palabra.

— Ya he dado gracias á mi hermano, señora, dijo, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; y ahora os las doy á vos por haberos tomado la molestia de venir á verme.

— Y yo, señora, respondió la litiganta llena de gozo, no sé qué términos emplear para expresaros todo mi agradecimiento por la amable acogida que me dispensáis.

— Señora, exclamó á su vez la condesa haciendo una reverencia respetuosa, es un deber para mí ofrecer mis respetos á una dama tan distinguida como vos, y sólo deseo la ocasión de servirlos.

Y hechas las tres reverencias por una y otra parte, la condesa Dubarry indicó un sillón á madama Bearn, y ella ocupó otro.

## VIII

## El despacho de Zamora

— Señora, dijo la favorita á la condesa, hablad, ya os escucho.

— Permite, hermana mía, dijo Juan, que permanezca de pie, permite que te advierta que esta señora no viene á pretender nada, y que el objeto de su visita es desempeñar una comisión que el señor canciller le ha confiado para ti.

Madama de Bearn dirigió una mirada llena de gratitud á Juan, y presentó á la condesa el despacho firmado por el vice-canciller, en el cual se erigía á Luciennes en palacio real, y se confería á Zamora el título de su gobernador.

— Mucho os agradezco, señora, ese servicio, dijo la condesa después de haber dirigido una rápida ojeada al despacho, y sólo deseo una ocasión de pagaros.....

— ¡ Oh! es cosa muy fácil, señora, exclamó la pleitista con una vivacidad que encantó á los dos hermanos.

— ¿ De qué modo, señora? Decídmelo.

— Puesto que mi nombre, señora, no debe seros desconocido.....

— ¡ Como desconocido! ¡ una Bearn!

— ¡ No habéis oído hablar de un pleito de que depende toda mi fortuna?

- Que os disputan los Saluces, según creo.
- ¡ Ay ! sí, señora.
- Sí, sí, conozco ese negocio, dijo la condesa; S. M. habló de él delante de mí á mi primo el señor de Maupeou.
- ¿ S. M., exclamó la litiganta, S. M. ha hablado de mi pleito ?
- Sí, señora.
- ¿ Y en qué términos ?
- ¡ Ay ! pobre condesa ! exclamó á su vez madama Dubarry meneando la cabeza.
- ¡ Ay ! pleito perdido ! ¿ no es verdad ? exclamó la vieja con triste acento.
- Si os he de decir la verdad, mucho lo temo, señora.
- ¿ Lo ha dicho S. M. ?
- S. M., sin manifestar su opinión, porque es prudente y delicado, consideraba al parecer esos bienes como adquiridos por la familia de los Saluces.
- ¡ Oh ! Dios mío ! Dios mío ! Si S. M. estuviese al corriente del negocio, si supiera que se trata de una cesión procedente de una obligación ya satisfecha... sí, porque se han pagado las doscientas mil libras. Verdad es que no tengo los recibos, pero tengo las pruebas morales, y si pudiera defenderme á mi misma delante del Parlamento, demostraría por deducción.....
- ¡ Por deducción ! interrumpió la condesa, que no comprendía absolutamente nada de lo que le decía madama de Bearn, pero que, sin embargo, parecía prestar la más seria atención á su defensa.
- Sí, señora, por deducción.
- La prueba por deducción es admisible, dijo Juan.
- ¡ Ah ! ¿ lo creéis así, señor vizconde ? exclamó la vieja.

- Lo creo, sí, respondió el vizconde con mucha gravedad.
- Sí, por deducción probaría que esa obligación de doscientas mil libras, que con los intereses acumulados forma hoy un capital de más de un millón, probaría que esa obligación fechada en 1406 ha debido ser satisfecha por Guido Gastón IV, conde de Bearn, en la hora de su muerte en 1417, puesto que se halla escrito de su puño y letra en su testamento : « En la hora de mi muerte, *no debiendo nada á los hombres* y dispuesto á comparecer delante de Dios. »
- Bien, ¿ y qué ? dijo la condesa.
- ¡ Y qué ! ya comprendéis ; si nada debía á los hombres, es prueba de que había pagado á los Saluces, pues de otro modo hubiera dicho : « *Debiendo 200,000 libras,* » en lugar de decir « *no debiendo nada.* »
- Es indudable que lo hubiera dicho, interrumpió Juan.
- ¿ Pero no tenéis otra prueba ?
- ¿ Además de la palabra de Gastón IV ? No, señora ; pero él es á quien llamaban el irreprensible.
- Mientras vuestros adversarios tienen la obligación.
- Sí, lo sé, dijo la vieja, y he ahí precisamente lo que embrolla el pleito.
- Hubiera debido decir lo que lo esclarece, pero madama de Bearn veía las cosas bajo el punto de vista que más le acomodaba.
- ¿ Según eso, vuestra convicción es que los Saluces están reintegrados ? dijo Juan.
- Sí, señor vizconde, contestó madama de Bearn, sí, esa es mi convicción.
- ¿ Pero sabes, Juan, replicó la condesa volviéndose á su hermano, sabes que esa deducción, como dice

madama de Bearn, cambia terriblemente el aspecto de las cosas ?

— Terriblemente ; sí, señora, replicó Juan.

— Terriblemente para mis adversarios, continuó la condesa ; los términos del testamento de Gastón IV son terminantes : « no debiendo nada á los hombres. »

— No solamente es claro, sino lógico, dijo Juan. No debía nada á los hombres, luego ha pagado lo que les debía.

— Luego ha pagado, repitió madama Dubarry.

— ¡ Ah ! señora, ¿ que no fuerais mi juez ? exclamó la vieja condesa.

— En otro tiempo, dijo el vizconde, en un caso semejante no se hubiera recurrido á los tribunales, pues bastaría el juicio de Dios para decidir el negocio. Por lo que hace á mí, es tal la convicción que tengo de la bondad de la causa, que si semejante medio de defensa estuviese aun en uso, me comprometería á ser el campeón de la señora condesa.

— ¡ Oh, señor !

— Como os lo digo ; por otra parte no haría más que lo que hizo mi abuelo Dubarry Moore, que tuvo el honor de aliarse á la familia real de los Estuardos, cuando combatió en campo cerrado por la joven y hermosa Edith de Scarborough, y obligó á su adversario á confesar que mentía como un bellaco ; pero desgraciadamente, continuó el vizconde lanzando un suspiro, no vivimos en aquellos gloriosos tiempos, y los hidalgos, cuando discuten sus derechos, deben someter hoy la causa al juicio de un hato de golillas, que no comprenden una frase tan clara como esta : « no debiendo nada á los hombres. »

— Pero escucha, hermano mío, hace trescientos años que se escribió esa frase, se aventuró á decir madama Dubarry, y es menester contar con lo que

en el tribunal se llama, según creo, la prescripción.

— No importa, no importa, dijo Juan, estoy convencido de que si S. M. oyese á la señora condesa defender su pleito como acaba de hacerlo delante de nosotros.....

— ¡ Oh ! lo convencería, ¿ no es verdad, señor ? estoy segura de ello.

— Y yo también.

— Sí, pero ¿ cómo haremos para que me oiga ?

— Sería preciso para eso que me hicierais el favor de ir á verme un día en Luciennes, y como S. M. me dispensa el honor de visitarme con frecuencia.....

— Sí, no hay duda, pero todo eso depende de la casualidad.

— ¡ Vizconde ! dijo la condesa con encantadora sonrisa, ya sabéis que yo confío mucho en la casualidad ; no tengo por qué quejarme de ella.

— Y sin embargo, la casualidad puede hacer que en ocho días ó en quince, y aun en tres semanas, no vea esta señora á S. M.

— Es verdad.

— Entretanto su pleito debe verse el lunes ó martes.

— El martes, señor.

— Y estamos en viernes.

— ¡ Oh ! entonces, dijo madama Dubarry con aire desesperado, entonces será preciso renunciar á esta esperanza !

— ¿ Cómo renunciar ? dijo el vizconde con aire profundamente pensativo ; nada menos que eso.

— ¿ Una audiencia en Versalles ? dijo tímidamente madama de Bearn.

— ¡ Oh ! no la obtendríais.

— ¿ Con vuestra protección, señora ?

— ¡ Oh ! mi protección nada podría servir ; S. M.

aborrece los asuntos oficiales, y en este momento se ocupa solamente en uno solo.

— ¿El de los parlamentos? preguntó madama de Bearn.

— No, el de mi presentación.

— ¡Ah! exclamó la vieja litiganta.

— Porque bien sabéis, señora, que á pesar de la oposición del señor de Choiseu! á pesar de las intrigas del señor de Praslin, y á pesar de las proposiciones de madama de Grammont, el rey ha decidido que sea yo presentada.

— No, no, señora, no lo sabía; dijo la litiganta.

— ¡Ah! sí, está decidido, dijo Juan.

— ¿Y cuándo se verificará esa presentación, señora?

— Muy pronto.

— El rey quiere que se verifique antes de la llegada de madama la Delfina, á fin de poder llevar á mi hermana á las fiestas de Compiègne.

— ¡Ah! comprendo; es decir que os halláis en disposición de ser presentada? preguntó tímidamente la condesa.

— ¡Oh! sí. Madama la baronesa de Alogny; ¿conocéis á la baronesa de Alogny?

— No, señora. ¡Ay! no conozeo á nadie; hace veinte años que he abandonado la corte.

— Pues bien, madama la baronesa de Alogny es la que me sirve de madrina. El rey la protege decididamente; su marido es gentilhomme de cámara; su hijo pasa á la guardia con promesa de obtener pronto una tenencia; su baronía se ha erigido en condado; los bonos contra la caja del rey se han permutado en acciones de la villa, y el día de la presentación recibirá mil escudos al contado.

— ¡Ah! lo comprendo todo, dijo la condesa de Bearn con graciosa sonrisa.

— ¡Ah! estoy discurrendo, exclamó Juan.

— ¿Qué? preguntó madama Dubarry.

— ¡Qué lástima! añadió dando un bote sobre su asiento; ¡qué lástima que no hubiese visto ocho días antes á la señora condesa en casa de nuestro primo el vice-canciller!

— ¿Qué?

— Que entonces no teníamos compromiso alguno con la baronesa de Alogny.

— Hablas, hermano, como una esfinge, dijo madama Dubarry, y yo no te comprendo.

— ¿No me comprendes?

— No.

— Apuesto cualquier cosa á que me comprende la señora condesa.

— Perdonad, señor, pero en vano procuro comprender.

— Hace ocho días que no tenías madrina.

— Es verdad.

— Pues bien... ¿avanzo tal vez demasiado?

— No, habla.

— Esta señora te hubiera servido de madrina, y lo que el rey hace por madama de Alogny lo hubiera hecho por la señora condesa.

La litiganta abrió tamaños ojos.

— ¡Ay! exclamó.

— ¡Si supierais, continuó Juan, con cuánta generosidad se ha dignado S. M. conceder todos esos favores! No ha habido necesidad de pedírselos, sino que se ha anticipado. Desde que se le dijo que la baronesa de Alogny se ofrecía por madrina de Juana: « En hora buena, dijo, estoy cansado de todas esas necias que son más orgullosas que yo, según parece. Condesa, me presentaréis esa mujer, ¿no es verdad? ¿Tiene algún pleito pendiente, algunas deudas?

Los ojos de la condesa se dilataron mucho más.

— Solamente, añadió el rey, me disgusta una cosa.

— Sí, una sola. « Una sola cosa me disgusta, y es que para la presentación de madama Dubarry hubiera yo querido un nombre histórico. » Y al pronunciar S. M. estas palabras miraba al retrato de Carlos I hecho por Vandick.

— Sí, comprendo, dijo la vieja litiganta. S. M. decía eso, á causa de la alianza de los Dubarry y Moore con los Estuardos, de que ahora mismo hablabais.

— Justamente.

— El hecho es, dijo madama de Bearn con una entonación imposible de describir, el hecho es que jamás he oído hablar de los Alogny.

— Sin embargo, es muy buena familia, dijo la condesa, y ha presentado sus pruebas ó poco menos.

— ¡ Ah ! Dios mío ! exclamó de repente Juan levantándose de su sillón.

— ¿ Qué es eso ? ¿ qué tienes ? exclamó madama Dubarry haciendo los mayores esfuerzos por contener la risa, al ver las contorsiones de su cuñado.

— ¿ Qué es eso, señor vizconde, os habéis pinchado tal vez ? preguntó la vieja litiganta con cierto interés.

— No, dijo Juan dejándose caer suavemente sobre su sillón, no, es una idea que me ocurre.

— ¿ Qué idea ? dijo la condesa riendo, casi te ha trastornado.

— ¡ Muy buena debe ser ! exclamó madama de Bearn.

— ¡ Excelente !

— En ese caso dínosla.

— Sólo tiene una cosa de malo.

— ¿ Qué cosa ?

— Que es imposible de ejecutar.

— Sin embargo, díla.

— Temo apesadumbrar á alguna persona.

— No importa, habla, vizconde, habla.

— Estaba pensando que si se dijera á madama de Alogny la observación que hacía el rey al mirar el retrato de Carlos I.

— ¡ Oh ! sería poco atento.

— Verdad es.

— Entonces no pensemos ya en eso.

— ¡ Qué lástima ! continuó el vizconde, como hablando consigo mismo, ¡ las cosas marchaban tan bien ! La condesa, que tiene un gran nombre y que es mujer de talento, podía ofrecerse en lugar de la baronesa de Alogny, en cuyo caso ganaría su pleito, su hijo tendría una tenencia, y como la señora condesa ha hecho muchos gastos durante los diferentes viajes que ese pleito le ha obligado á hacer á París, se le daría una indemnización. ¡ Ah ! semejante fortuna no se presenta dos veces en la vida !

— ¡ Ay ! no, ¡ ay ! no, no pudo menos de exclamar madama de Bearn aturdida por aquel golpe imprevisto.

En la posición en que se hallaba la pobre litiganta, todo el mundo hubiera dicho lo que ella y habría quedado anonadado en el fondo de su sillón.

— Ya ves, hermano mío, dijo la condesa con un acento de profunda compasión, ya ves como has afligido á la señora condesa, ¿ no bastaba que yo le hubiese probado que nada podía pedir al rey antes de mi presentación ?

— ¡ Oh ! ; si pudiera hacer suspender mi pleito !

— Ocho días solamente, dijo Dubarry.

— Sí, ocho días, dijo madama de Bearn, en ocho días será presentada vuestra hermana.

— Sí, pero dentro de ocho días el rey estará en Compiègne en medio de las fiestas ; la Delfina habrá llegado.

— Es verdad, es verdad, dijo Juan, pero.....

— ¿Qué?

— Esperad; se me ocurre otra idea.

— ¿Cuál, señor, cuál? dijo la litiganta.

— Me parece, sí, no, ¡sí sí sí!

Madama de Bearn repitió con ansiedad los monosílabos de Juan.

— ¡Habéis dicho sí, señor vizconde! exclamó la vieja condesa.

— Creo que he dado en el ítem de la dificultad.

— Habla.

— Escuchad esto.

— Escuchamos.

— Todavía es un secreto tu presentación, ¿no es verdad?

— Sin duda, sólo esta señora.....

— ¡Oh! ¡estad tranquila! exclamó la litiganta.

— Tu presentación es un secreto; se ignora que has encontrado una madrina.

— Sin duda; el rey quiere que la nueva estalle como una bomba.

— ¡Oh! esta vez somos felices.

— ¿De veras, señor vizconde? preguntó madama de Bearn.

— Somos felices, repitió Juan.

Los oídos se abrieron, los ojos se dilataron, y Juan aproximó su sillón á los otros dos sillones.

— La señora condesa, por consiguiente, ignora que vas á ser presentada y que has hallado una madrina.

— Sin duda lo ignoraría si no me lo hubieseis dicho.

— Natural es suponer que no nos habéis visto, y de consiguiente que lo ignoráis todo. Pedís una audiencia al rey.

— Pero la señora condesa dice que el rey me la negará.

— Pedís audiencia al rey, ofreciéndole ser madrina de la condesa. Ya comprendéis. ¡Ignoráis que tiene una! Pedís, pues, audiencia al rey ofreciéndooos ser madrina de mi hermana. S. M. no podrá menos de acoger favorablemente una petición hecha por una señora de vuestro rango. S. M. os recibe, os da las gracias, os pregunta lo que debe hacer por complaceros. Le habláis de vuestro pleito, hacéis valer vuestras deducciones. S. M. se hace cargo de todo, recomienda el asunto, y os encontraréis con vuestro pleito ganado cuando lo creíais perdido.

Madama Dubarry fijó en la condesa una mirada de curiosidad. Esta conoció probablemente el lazo que se la tendía.

— ¡Oh! yo, miserable criatura, dijo vivamente, ¿cómo queréis que S. M....

— Basta. Creo haber mostrado en esta ocasión mi buena voluntad, dijo Juan.

— Si no se tratase más que de eso..... dijo la condesa vacilando.

— La idea no es mala, replicó madama Dubarry sonriendo. Pero acaso la señora condesa muestre repugnancia á semejantes supercherías, aun tratándose de ganar su pleito.

— ¡Á semejantes supercherías! replicó Juan. ¡Ah! ¡no por cierto! y pregunto ¿quién sabrá esas supercherías?

— La señora tiene razón, contestó la condesa, esperando salir del atolladero por medio de este sesgo, y preferiría prestarle un servicio positivo para conciliarle realmente su amistad.

— Esa es demasiada amabilidad seguramente, dijo madama Dubarry con cierto acento de ironía que no se escapó á madama de Bearn.

— Pues bien; todavía tengo un medio, dijo Juan.

— ¿Un medio?

— Sí.

— ¿De hacer ese servicio positivo?

— ¿Sabes, vizconde, que te vas haciendo poeta? dijo madama Dubarry; el señor de Beaumarchais, con toda su brillante imaginación, no tiene tantos recursos como tú.

La vieja condesa esperaba con la mayor ansiedad saber en qué consistía aquel recurso.

— Dejemos bromas á un lado, dijo Juan. Tú eres íntima amiga de madama Alogny, ¿no es verdad?

— Bien sabes que lo soy.

— ¿Se incomodaría si no te presentase?

— Es muy posible.

— Supongo que no habíais de ir á decirla de buenas á primeras lo que ha dicho el rey, esto es, que no quiere para semejante cargo una nobleza adocenada. Pero tú eres mujer de talento, y ya sabrías lo que habías de decirle.

— ¿Y qué? preguntó Juana.

— Que cediese á esta señora la ocasión de prestarte un servicio, y al mismo tiempo de asegurar su suerte.

La vieja tembló. Esta vez el ataque era directo. No había respuesta evasiva posible.

— Sin embargo encontró una.

— No quisiera, sin embargo, faltar á esta señora, y entre gente de categoría deben guardarse todos los miramientos debidos.

Madama Dubarry hizo un movimiento de despecho que su hermano calmó con una seña.

— Nota bien, señora, dijo, que yo no os propongo nada. Tenéis un pleito pendiente; á cualquiera le sucede lo mismo; deseáis ganarlo, cosa muy natural; lo tenéis ya perdido, y esto os desespera; disculpo esa desesperación, y hasta me intereso por vos: he que-

rido hallar un medio de convertir su mal estado en bueno, y veo que he hecho mal; pues bien, no hablemos más del asunto.

Y Juan se levantó.

— ¡Oh, señor! exclamó la vieja con profundo sentimiento, pues empezaba á conocer que los Dubarry, que hasta entonces había tenido por indiferentes en su pleito, estaban también ligados en contra de él; ¡oh, señor! todo lo contrario, reconozco y admiro vuestra benevolencia.

— Pero ya comprendéis, replicó Juan con una indiferencia perfectamente representada, que me es indiferente que mi hermana sea presentada por madama de Alogny, por madama de Polastrón ó por madama de Bearn.

— ¿Quién lo duda, señor?

— Pues bien, solamente me incomodaría que los beneficios del rey recayesen sobre algún corazón depravado, que, ganado por un interés sórdido, hubiese capitulado ante nuestro poder, comprendiendo la imposibilidad de derribarlo.

— ¡Oh! eso sería lo que probablemente llegaría á suceder, dijo madama Dubarry.

— Mientras vos, señora, continuó diciendo Juan, mientras vos, que nada habéis solicitado, que apenas nos conocéis, y que de tan buena voluntad os ofrecéis, sois digna bajo todos conceptos de aprovechar las ventajas de la posición.

La litiganta iba tal vez á reclamar contra aquella buena voluntad con que la honraba el vizconde, pero madama Dubarry no la dió tiempo.

— El resultado es, que semejante conducta encantaría al rey, y nada sabría negar á la persona que la observase.

— ¡Cómo! ¿decís que el rey no sabría negar nada?

— Es decir, que se anticiparía á los deseos de esa persona; es decir, que con vuestros propios oídos oiríais á S. M. decir al vice-canciller: « Quiero que se sirva á madama de Bearn, ¿ lo entendéis, señor de Maupeou? » Pero parece que la señora condesa ve dificultades en que esto se haga así. Está bien. Solamente, añadió el vizconde inclinándose, espero que sabrá agradecer mi buena voluntad.

— Estoy penetrada de gratitud, señor, exclamó la vieja; pero.....

— ¿ Que queréis decir ?

— Que madama Alogny no cederá á su derecho.

— Entonces, volvemos á lo que decíamos al principio; no por eso tendrá menos mérito vuestro ofrecimiento, ni S. M. se mostrará menos agradecido.

— Pero suponiendo que madama de Alogny aceptase, dijo la condesa profundizando la materia, no podemos hacer perder á esa dama las ventajas.

— La bondad del rey para conmigo es inagotable, señora, dijo la favorita.

— Si os ofreciera mis servicios, señora, replicó la vieja condesa estimulada á la vez por su interés y por la comedia que se representaba con ella, no atendería al buen éxito de mi pleito; porque al fin, ese pleito, que todo el mundo mira hoy como perdido, difícilmente se ganará mañana.

— ¡ Ah ! sin embargo, si el rey quisiese, respondió el vizconde apresurándose á combatir aquella nueva vacilación.

— Pues bien, la señora condesa tiene razón, vizconde, dijo la favorita, y yo soy de su parecer.

— ¿ Qué decís ? exclamó el conde abriendo tamaños ojos.

— Digo que sería honroso para una mujer que lleva un nombre tan ilustre como el de la señora condesa,

que el proceso marchase como debe marchar. Solamente que nadie puede poner trabas á la voluntad del rey, ni detenerle en el camino de su munificencia. ¿ Y si el rey, no queriendo, sobre todo en la situación en que se halla con sus parlamentos, si el rey, no queriendo cambiar el curso de la justicia, ofreciese á la señora condesa una indemnización ?

— Honrosa, se apresuró á decir el vizconde. ¡ Oh ! sí, hermana mía, soy de tu parecer.

— ¡ Ay ! exclamó lastimosamente la litiganta, ¿ cómo indemnizar la pérdida de un pleito que asciende á 200,000 libras ?

— En primer lugar, por una donación real de 100,000 libras, dijo madama Dubarry.

Los dos hermanos miraron ávidamente á su víctima.

— Tengo un hijo, dijo la vieja condesa.

— Tanto mejor, con eso habrá un defensor más para el Estado y un nuevo defensor del rey.

— ¿ Creéis, señora, que podría hacer algo en favor de mi hijo ?

— Yo respondo de ello, dijo Juan, y lo menos que puede esperar es una tenencia en los gendarmes.

— ¿ Tenéis más parientes ? preguntó la favorita.

— Un sobrino.

— Pues bien, ya buscaríamos alguna cosa para el sobrino. Y te daremos ese encargo, vizconde, puesto que acabas de probarnos que tienes una imaginación fecunda, dijo riendo la favorita.

— Veamos, si S. M. hiciese por vos todas estas cosas, señora, dijo el vizconde, que, siguiendo el precepto de Horacio, quería llevar las cosas á su desenlace, ¿ os parecería el rey razonable ?

— Me parecería generoso sobre todo encarecimiento,



y daría un millón de gracias á esta señora, convencida de que debía á ella tanta generosidad.

— Así, pues, señora, preguntó la favorita, ¿ tomáis seriamente nuestra conversación ?

— Sí, señora, dijo la vieja condesa algo turbada por el compromiso que acababa de contraer.

— ¿ Y permitís que hable de vos á S. M. ?

— Dispensadme ese honor, respondió la litiganta lanzando un suspiro.

— Señora, esta misma noche lo más tarde, dijo la favorita levantándose; y ahora espero haber conquistado vuestra amistad.

— La vuestra es tan preciosa para mí, respondió la vieja haciendo nuevas reverencias, que á la verdad creo que me hallo bajo el influjo de un sueño.

— Veamos, recapitemos, dijo Juan que quería dar al espíritu de la condesa toda la fijeza que el espíritu necesita para llevar á término las cosas materiales. Veamos; en primer lugar, 100,000 libras por vía de indemnización de los gastos del pleito, viajes, honorarios de abogados, etc., etc.

— Sí, señor.

— Después una tenencia para el joven conde.

— ¡ Oh ! sería un buen principio de carrera.

— Y alguna cosa para un sobrino, ¿ no es verdad ?

— ¿ Alguna cosa ?

— Ya encontraremos alguna cosa, eso queda á mi cargo.

— ¿ Y cuándo tendré el honor de volver á veros, señora condesa ? preguntó la litiganta.

— Mañana por la mañana os enviaré mi coche para que paséis á Luciennes, donde estará el rey. Mañana á las diez habré cumplido mi promesa; S. M. estará ya avisado, y no tendréis que esperar.

— Permitid que os acompañe, dijo Juan ofreciendo el brazo á la condesa.

— No lo consentiré, dijo la vieja; os suplico, señor, que os quedéis.

Juan insistió.

— Á lo menos, hasta el descanso de la escalera.

— Puesto que os empeñáis...

Y se asió del brazo del vizconde.

— ¡ Zamora ! dijo la condesa.

Zamora se presentó.

— Que alumbren á la señora hasta el zaguán, y que arrimen á la puerta el coche de mi hermano.

Zamora partió como un rayo.

— En verdad que me confundís con vuestros favores, dijo madama de Bearn.

Y ambas condesas se dirigieron su última reverencia. Al llegar al descanso de la escalera, el vizconde Juan abandonó el brazo de madama de Bearn y se volvió hacia su hermana, mientras la litiganta bajaba majestuosamente la escalera.

Zamora marchaba delante; detrás de Zamora seguían dos lacayos con hachas encendidas, y después venía madama de Bearn, cuya cola, algo corta, llevaba otro lacayo.

Los dos hermanos se asomaron á una ventana á fin de seguir hasta su coche con la vista á aquella preciosa madrina, buscada con tanto cuidado y hallada con tanta dificultad.

Al llegar madama de Bearn al pie de la escalera, entraba en el patio una silla de posta, y una joven se lanzaba por la portezuela.

— ¡ Ah ! señorita Chon ! exclamó Zamora abriendo desmesuradamente sus gruesos labios; buenas tardes, señorita Chon !

Madama de Bearn permaneció con un pie en el aire;

acababa de reconocer en aquella joven á la supuesta hija de maese Flageot.

Dubarry había abierto precipitadamente su ventana, y desde ella hacía muchas señas á su hermana, que no le veía.

— ¿Está aquí ese tonto de Gilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

— No, señor, respondió uno de ellos; no le hemos visto.

Entonces fué cuando al levantar los ojos vió las señas que hacía Juan. Siguió la dirección de su mano, de aquella mano invenciblemente extendida hacia madama de Bearn.

Chon la reconoció, lanzó un grito, bajó su cofia, y se escondió en el vestibulo.

La vieja, sin haber observado nada al parecer, subió al coche, y dió las señas de su casa al cochero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

## IX

### El rey se aburre

El rey, que había partido para Marly, según había anunciado, dió orden hacia las tres de la tarde para que le condujeran á Luciennes.

Debía suponer que madama Dubarry, apenas recibiera su billete, se apresuraría á dejar también á Versailles para ir á esperarle en la encantadora habitación que recientemente se había hecho para ella, y que el rey había ya visitado por dos ó tres veces sin haber pasado allí la noche, bajo el pretexto de que Luciennes no era castillo real.

No fué poca su sorpresa cuando al llegar encontró á Zamora poco engreído con su nuevo destino de gobernador, divirtiéndose en arrancar las plumas de la cotorra que quería morderle.

Los dos favoritos eran rivales, como el señor de Choiseul y madama Dubarry.

El rey se instaló en el salón y despidió su comitiva.

No tenía costumbre de preguntar á los criados ni á los lacayos, á pesar de ser el caballero más curioso de su reino, pero Zamora no era un lacayo, sino cierta cosa que ocupaba su rango entre el tití y la cotorra.

El rey, pues, preguntó á Zamora:

— ¿La condesa está en el jardín?

— No, señor, dijo Zamora.

Esta palabra reemplazaba el título de majestad, de